

PAULINA.—(Consteñada.) Ay, Elisea, divina mujer, aparta de mi cabeza estos terribles pensamientos.

ELISEA.—Hazte á la idea de que Guillermo ha olvidado sus agravios; de que es benigno, no rencoroso.

PAULINA.—Más fácil me será resolver en mi mente todos los problemas del Universo, que ordenar aquí mis ideas para creer lo que me dices.

ELISEA.—Tu mente está turbada. Esa locura no es más que un estado de conciencia.

PAULINA.—(Alligida, llorosa.) Ayúdame tú, Elisea, á combatir esta locura y á dar paz á mi conciencia.

ELISEA.—Nada te dará tanta paz como atender á la salvación de tu hijo.

PAULINA.—(Con grandísima emoción.) Sí, sí. (Abrazándose á Elisea.) Pidamos á Dios tú y yo, con todo el fervor de nuestras almas, que nos deje á Cristín, que no nos quite á Cristín... Pero que le salve Él solo, Dios solo... sin que intervenga ese hombre. ¿Para qué necesita Dios del auxilio de Guillermo?

ELISEA.—No es que necesite... Pero Guillermo es la ciencia.

PAULINA.—¿Y qué es la ciencia más que vanidad? (Pasa á la izquierda.)

ELISEA.—La ciencia es de Dios.

PAULINA.—No, no: pidamos á Dios que venga á nosotros Él solo... Dios solo... sin nadie... Ese no... la ciencia no.

NICOLÁS.—(En la puerta.) Un señor... (Súbitamente se desprende Paulina de los brazos de Elisea, mirando á la puerta. Aparece Guillermo Bruno, que aparta al criado con gesto de impaciencia, y entra. Al verle, Paulina lanza un grito de terror, y huye despavorida por la derecha. Da algunos pasos Guillermo en ademán de interrogar á Elisea acerca de la fuga de Paulina.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO, SOR ELISEA, en la misma actitud que tenían al terminar el acto primero.

GUILLERMO.—Si la señora de la casa se espanta de mí, ¿para qué me han llamado?

ELISEA.—(Sin saber qué decir.) Ella no quería. Tiene sus razones. Los demás... hemos creído que en estas graves circunstancias era forzoso acudir á usted, mirando á su fama, sin acordarnos de... de... Dispéñeme, señor, si me obstino en no ver hoy en usted más que al gran médico... sapientísimo... y de ninguna manera al esposo de Paulina.

GUILLERMO.—Está bien. Quédese en la calle el que padeció mal de matrimonio amarrado á esa loca, y entre en la casa el que supo echarla de su lado para poder consagrarse libremente al estudio.

ELISEA.—Señor, yo le suplico que deje en paz á mi sobrina... GUILLERMO.—Sí, sí: en paz la dejo como á los difuntos... ¿Y usted es Elisea Mora, tía carnal de...?

ELISEA.—Para servir á Dios y á usted.

GUILLERMO.—Recuerdo cuando entró usted en el Noviciado de San Vicente...

ELISEA.—A usted le conocía yo de nombre. Ya era profesor notable cuando yo entré en religión, ocho años há...

GUILLERMO.—¿No estuvo usted en el Hospital de Niños de Madrid?

- ELISEA.—Sí, señor. Luego fui trasladada al General de aquí. A esta casa me ha traído la grave enfermedad del niño...
- GUILLERMO.—No ha sido poca suerte para esa mujer... (Sin desatender la conversación, observa toda la estancia, y principalmente los juguetes esparcidos en ella.)
- ELISEA.—No hable usted de ella con menosprecio, sino con lástima... Y bien merece mis cuidados el pobre Cristín, que es un ángel. (Cándidamente.) ¿Le incomoda á usted oírme decir que es un ángel?
- GUILLERMO.—No me importa. Llámeme usted como quiera. Pero ese niño, ¿dónde está?
- ELISEA.—Aguarde usted un momento. (Inquieta, se asoma á la puerta de la derecha.) Siento la voz de Paulina.
- GUILLERMO.—Y yo. La reconozco. (Brusco y severo.) Es el tonillo de la mujer impertinente y mimosa que, cuando no puede imponer su voluntad con razones, quiere imponerla con chillidos y lloriqueos...
- ELISEA.—(Asustada.) Señor, no se incomode. (Escuchando.) Ya, ya se calma...
- GUILLERMO.—Es que no quiere verme... no quiere poner al chiquitín en mis manos. (Enojado.) Ea, ya estoy de más aquí. (Dirigese á coger su sombrero.)
- ELISEA.—Señor, no tenga mal genio... ¿Pero qué hace usted?
- GUILLERMO.—Marcharme.
- ELISEA.—(Quitale el sombrero.) No, por Dios. Paulina es muy nerviosa...
- GUILLERMO.—Esas, esas son las peores: las que con la pantalla de los nervios encubren sus ideas infames y sus veleidades caprichudas... Esperaré un poco. (Examina los juguetes: coge algunos, los deja, y se asombra de ver más y más.) ¡Qué sorprendente variedad de juguetes! ¡Y algunos qué magníficos! Dígame usted, Hermana Elisea: ¿juegan aquí á los caballitos y á los soldaditos las personas mayores?
- ELISEA.—No, señor... El niño... el niño es el que juega.
- GUILLERMO.—¡Niño de príncipes! Pues ese Marqués de Abdalá, por quien estoy aquí, tampoco quiere verme...
- ELISEA.—Sin duda, una delicadeza extremada le retrae...
- GUILLERMO.—Ya...
- ELISEA.—No mire usted al Marqués con malos ojos, doctor. Es

- un hombre excelente, aunque esté en pecado mortal. Quiero decir que...
- GUILLERMO.—Mucho.
- ELISEA.—¿Se incomoda usted porque le digo que es el Marqués una bellísima persona, adornada de las más hermosas cualidades que Dios concede á las criaturas?
- GUILLERMO.—No me incomoda... Ya tenía yo noticia...
- ELISEA.—Es benigno sin zalamería, generoso sin despilfarro; tiene talento, don de gobierno, energía...
- GUILLERMO.—Y con tantas perfecciones, pecador y condenado...
- ELISEA.—Dios permite que el mal y el bien anden alguna vez por el mundo cogidos del brazo. Con su talento y su bondad, este señor ha transformado á Paulina, haciendo de ella una mujer honrada; es decir, que sería ó acabaría de ser honrada si ella y él estuvieran unidos con el santo vínculo...
- GUILLERMO.—¡Lástima que no pudieran...!
- ELISEA.—¡Sí, señor, que es lástima...!
- GUILLERMO.—Y ello no es difícil. Con que yo me muriera ó me mataran.
- ELISEA.—(Retrocediendo asustada.) ¡Ay, ay, qué tonta he sido! Perdóneme, señor: no quise decir...
- GUILLERMO.—Pues viviendo yo, ¿cómo lo va usted á arreglar?
- ELISEA.—De ninguna manera... Yo no pretendo arreglarlo, ni esto tiene arreglo... ¡Qué complicación, qué laberinto!... Lo que es bueno para unos, es para otros detestable.
- GUILLERMO.—Y todos descontentos, desquiciados, ¿no es eso? Todos en pecado mortal. ¿De quién es la culpa?
- ELISEA.—¡Ay, no lo sé! Créame, señor; es lástima que usted no pueda enterarse de la buena conducta de mi sobrina, de su transformación.
- GUILLERMO.—¿Y para qué quiero yo enterarme de eso?
- ELISEA.—(Confusa.) Pues... para su satisfacción... para...
- GUILLERMO.—(Con desabrimiento.) Más satisfecho estoy ignorándolo.
- ELISEA.—(Aparte, asustada.) ¡Ay, qué genio, Señor, qué genio!

ESCENA II

Los mismos.—JUANA, SOLÍS, NICOLÁS;
después ADOLFO.

JUANA.—(En la puerta de la derecha.) Ya pueden pasar.

ELISEA.—¿Habéis podido vencerla?

JUANA.—Nosotras, no. El señor Marqués la sacó casi á viva fuerza del cuarto del niño, y la llevó á las habitaciones altas.

SOLÍS.—(Por el fondo, presuroso.) Aquí estoy, maestro. (Tras él entra Nicolás á recibir órdenes.)

GUILLERMO.—¿Terminó usted en el Hospital?

SOLÍS.—De prisa y corriendo, por no hacer esperar á usted.

GUILLERMO.—¿Podemos pasar ya?

ELISEA.—Sí, señor. La pobre Paulina, débil y temerosa, retrocede ante el dolor.

GUILLERMO.—La debilidad y el miedo nada tienen que hacer aquí. Nosotros, Hermana, nosotros los fuertes, haremos frente al mal humano.

SOLÍS.—¿Lo derrotaremos?

GUILLERMO.—Veamos ante todo el campo de batalla. (Se van por la derecha; les sigue Juana; Elisea va la última. En la puerta da órdenes á Nicolás.)

ELISEA.—Esté usted al cuidado para todo lo que ocurra. (Aparece Adolfo por el fondo; se queda en la puerta atisbando el paso de los médicos.)

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Marcha al sacrificio... coro de sacerdotes! (Alto.) Nicolás.

ESCENA III

ADOLFO, NICOLÁS; después NATALIA.

NICOLÁS.—Señorito.

ADOLFO.—¿Está el Marqués?

NICOLÁS.—Subió con la señora á las habitaciones altas. Al poco rato salió. Debe de estar en su casa.

ADOLFO.—Era para decirle que hemos acordado suspender las carreras de motocicletos... hasta que él pueda asistir.

NICOLÁS.—¿Quiere que se lo diga por teléfono?

ADOLFO.—No, no... sería impertinencia... en día de tanta inquietud.

NATALIA. (Por el fondo.) ¿Tampoco está aquí tu padre?

ADOLFO.—Ya ves, mamá: no está. (A Nicolás.) ¿Saldría con el Marqués?

NICOLÁS.—No, señor. El señor de Varona está en la Cantina Americana. (Indicando un sitio próximo en la misma calle.) Ahí, á dos pasos.

ADOLFO.—¿Solo?

NATALIA.—No preguntes tal tontería, hijo. Estará en compañía de una botella de coñac.

NICOLÁS.—Perdóneme la señora: la botella que le hace compañía no es de coñac, sino de *champagne*, de la señora viuda de Clicquot. Con su permiso... (Se retira.)

NATALIA.—¿Ves? Lo que te dije. Y menos mal que busca su alegría en un licor noble... He conseguido curarle del coñac, que le inclinaba locamente al Socialismo y al Politicismo.

ADOLFO.—¿Y crees tú que con el *champagne*...?

NATALIA.—Siempre será menos disolvente en sus desvaríos.

ADOLFO.—¿Quieres que vaya por él?

NATALIA.—No: dejémosle que busque su alegría insana, menospreciando la que yo le ofrezco con mi trato dulce,

festivo, cariñoso... La grosería que hoy me ha hecho es imperdonable. Sabes que salimos de aquí para ir á la iglesia... Pues en cuanto me dió agua bendita, hizo el quiebro, diciendo *hasta ahora*, y no he vuelto á verle... De la ira no he podido rezar. Salí á buscarle... Te encontré en la puerta del Casino...

A DOLFO.—(Bajando la voz y señalando á la derecha.) ¿Sabes, ma-má, que ya...?

NATALIA.—Al pasar por aquí ví entrar al tigre científico... Habrá carnicería. (Suenan timbres en el interior de la casa.)

ADOLFO.—No olvides, mamá, lo que nos encargó el Marqués.

NATALIA.—Sí, sí: que al empezar la tragedia, cojamos á Paulina y nos la llevemos á casa. (Ven salir á Teresa por la izquierda.) ¿Tu señorita, dónde está?

ESCENA IV

NATALIA, ADOLFO, TERESA.

TERESA.—Arriba. Ya se va sosegando.

NATALIA.—Nos encargó el Marqués que la lleváramos á casa.

TERESA.—Sacarla de aquí me parece difícil, diré más bien imposible. No quiere estar junto á su hijo, ni tampoco demasiado lejos.

NATALIA.—¿Qué hace arriba?

TERESA.—Llora tranquilamente, reza...

ADOLFO.—En casa tenemos oratorio. (Suenan timbres.)

NATALIA.—¿Sabrá que estamos aquí, que la esperamos?

TERESA.—Yo se lo diré luego... Dispénsenme... llaman. (Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA V

NATALIA, ADOLFO.

ADOLFO.—¿Qué hacemos, mamá? ¿No crees que debemos retirarnos?

NATALIA.—(Con resolución, después de corta duda.) No: aquí me planto. (Se sienta.)

ADOLFO.—¿Importunaremos?

NATALIA.—El espíritu de observación, que tanto ayuda al conocimiento humano, tiene derecho á entrar y permanecer en todas partes.

ADOLFO.—¿El espíritu de observación?

NATALIA.—Sí, hijo mío: esa preciosa cualidad y yo somos como las moscas. Nos espantan, y volvemos.

ADOLFO.—Pero no picamos.

NATALIA.—Observamos.

ADOLFO.—Por el momento, no parece que ha y cosa de interés. (Acércase á la puerta de la derecha, y escucha.) Los médicos y Sor Elisea están de conversación.

NATALIA.—Los farsantes científicos no dan comienzo á sus manipulaciones sin un poco de *pose* y *míse en scene*.

ADOLFO.—(Vuelve junto á ella.) Dí, mamá, ¿no deseas tú que esos doctores acierten?

NATALIA.—Hijo, sí: ¡qué duda tiene! Pero yo digo: pregúntese á las criaturas qué prefieren entre este mundo miserable y la gloria celestial; déseles discernimiento para exponer con sinceridad su deseo, y ya se verá lo que responden. Para ellos, la elección no puede ser dudosa.

ADOLFO.—Mamá, mejor será que las criaturas no nazcan... ó al menos no traerlas á la vida sin pedirles antes su consentimiento. Se les preguntaría: «¿señoritos, quieren ustedes que les traigamos del otro mundo á éste?» Yo te apuesto lo que quieras á que todos dirían que sí.

NATALIA.—(Burlándose.) ¿Es chiste, Adolfo?

ADOLFO.—Me ha salido mal.

NATALIA.—¡Tonto!

ADOLFO.—En fin, mamá, yo deseo á Guillermo Bruno un éxito feliz. Me interesa mucho Cristín, y también su pobre madre.

NATALIA.—Más la madre que el hijo. (Adolfo deniega con fingido asombro.) Sí... Cristín no es más que un juguete. No te importaría que Dios lo rompiera, con tal que Paulina jugara contigo á los amorcitos.

ADOLFO.—¡Mamá...!

NATALIA.—Ya ves con qué fina puntería he dado en el blanco de tus pensamientos. (Se levanta.)

ADOLFO.—No aciertas... mala puntería tienes hoy.

NATALIA.—La moralidad no es en tí más que un vestido, un uniforme de gala, con sombrero y plumacho muy altos. Mas por dentro chorrea en tí la corrupción de los tiempos.

ADOLFO.—Te equivocas... yo...

NATALIA.—Eres como tu padre, que prefiere la espuma del *champagne* á mi dulce compañía; como tu padre, que preside congregaciones piadosas y vería con gusto mi muerte para quedarse libre y correr la pólvora de los amoríos fáciles. Pero se fastidia, porque yo pido á Dios que me conceda larga vida; ¿y qué ha de hacer Dios más que concedérmela?

ADOLFO.—¡Oh, qué mala idea tienes hoy de tu hijo! ¿Me has tomado por un yerno, mamita? ¿Merezco yo ese juicio pesimista?

NATALIA.—No es pesimismo: es observación, es convencimiento, dominio de todo el campo de la maldad humana. (Entra por el fondo Varona, risueño y animado. Hállase en un estado psicológico de alegría, conservando su dignidad y modos corteses.)

ESCENA VI

NATALIA, ADOLFO, VARONA.

VARONA.—¡Me gusta, me gusta la santa pachorra! Aquí descansaditos, y yo loco buscándoos por toda la ciudad.

NATALIA.—¡Farsante, vicioso! ¡El perdido se atreve á decir que nos busca!

VARONA.—Te pierdes tú, cara esposa, para darme el gusto de hallarte.

NATALIA.—¡Esquinazo me diste en la santidad del templo!

VARONA.—Te dije: «perdóname un momento, dulce Nata, que mi espíritu, vacilante y triste, se cae de un lado, y necesito... apuntalarlo.»

NATALIA.—¡Indigno!

ADOLFO.—Mamá, sé indulgente...

VARONA.—Me apuntalé... volví desalado á la iglesia, y no encontrándote en ella, hablé con el Rector, y juntos dispusimos el alumbrado...

NATALIA.—Calla, idiota.

VARONA.—El alumbrado de imágenes, como se había convenido. Innumerables luces aparecieron, una tras otra, en la obscuridad, imitando á las constelaciones del cielo. Con gozo inefable las miraba yo, y mi dicha habría sido completa si allí estuviera mi amable esposa.

NATALIA.—(Iracunda.) Calla, serpiente: tu alegría repugnante profanó la iglesia, y ahora profana esta casa del dolor.

VARONA.—Mujer, esposa mía, no podrás negarme que esta alegría, que en mí resplandece con la dignidad más noble sostiene mi vida, entona mis facultades. Ella me ilumina el entendimiento, y me mete aquí toda la Filosofía aristotélica y el *Novum organum* del amigo Bacon. Puedes creérmelo... (Ríe. Abre los brazos, llamando á ellos á su hijo.) Adolfo, niño frígido y pudoroso... (Adolfo vacila en dejarse abrazar.) Abrazame... Hijo del alma, tu padre se felicita de tu virtud. (Queriendo abrazar á Natalia, que le re-

chaza.) Esposa dulcísima, espejo de la sabiduría, archivo de la benignidad, piedra angular de la rectitud, de la...
(Paulina entreabre la puerta de la izquierda, y asoma la cabeza y busto con precaución y recelo.)

ESCENA VII

Los mismos.—PAULINA.

PAULINA.—¿Quién está ahí?
VARONA.—¡Oh, Paulina!
ADOLFO.—Aquí están sus buenos amigos... (Paulina entra des-
pacio, recelosa.)
NATALIA.—(Avanzando hacia ella.) Veo que es usted más valien-
te de lo que creíamos.
ADOLFO.—(A su padre, que quiere hablar.) Papá, silencio ahora.
PAULINA.—El miedo me hizo cobarde... pero ya... mi cobardía
se ha vuelto animosa.
ADOLFO.—¿Querrá usted venir con nosotros?
NATALIA.—A nuestra casa dijo el Marqués.
VARONA.—O á la iglesia.
PAULINA.—(Con desvarío.) ¿Para qué? Dios no me quiere á mí.
Cuando le pido mi tranquilidad y la salvación de mi hi-
jo, ¿qué hace Dios? Coger mi pasado y arrojármelo á la
cara, vivo, candente.
NATALIA.—(Aparte.) Mal anda esa cabeza.
VARONA.—(Carifoso.) Paulina, Paulinita, no hay motivo para
tanta aflicción.
PAULINA.—¿Y saben ustedes lo que es mi pasado? Mi pasado
es la ciencia, que quiere atrebatarme á mi hijo para lle-
várselo al Cielo. Al Cielo lleva la ciencia todos los hijos
que roba.
VARONA.—¡Oh! no...
ADOLFO.—(Aparte.) ¡Cómo delira la infeliz!
VARONA.—(Con vehemencia, á Natalia y á su hijo.) ¿Pero qué ha-
céis? Consoladla... Llevad á su mente ideas de esperanza.
NATALIA.—(Acariciando á Paulina.) Yo también desconfío de la

ciencia, porque veo privados de virtud á los hombres
orgullosos que la cultivan. Santos, digo yo; santos de-
bieran ser los cultivadores de la ciencia, para que ésta
fuese eficaz en sus manos.

PAULINA.—(Con estupor, apagada la voz.) Y no son santos: son
demonios. (Pasa á la derecha. Se sienta, mirando al suelo con
expresión tétrica.)
ADOLFO.—(Aparte á Natalia.) Háblale con menos desaliento,
mamá.
VARONA.—(Aparte á Natalia y Adolfo.) Vosotros los de la cáscara
dulce, fortalecedla, levantad su espíritu.
ADOLFO.—(Aparte á Natalia.) Es más cristiano inspirarle con-
fianza en la ciencia.
NATALIA.—Paulina es mujer fuerte. No quiero fascinarla con
espejismos engañosos.
PAULINA.—Natalia tiene mucho talento. Me enseña el pesimis-
mo; prepara mi alma para el dolor.
VARONA.—(A Natalia.) Tú, dale ánimos.
NATALIA.—Es tontería sembrar de flores un camino en cuyo
término está el desengaño.
ADOLFO.—(A Paulina, muy afectuoso.) No haga usted caso. Mi
madre se pone siempre en lo peor. Luego celebramos
sus equivocaciones.
VARONA.—Se equivoca siempre... No dude usted, Paulina; no
tema nada...
ADOLFO.—Confíe en la ciencia.
PAULINA.—La ciencia me aborrece.
VARONA.—(Con arranque.) No, no; mil veces no. Cristín se sal-
vará... Créalo usted como lo creo yo... que veo claro...
clarísimo... Mi mente es un foco de luz... Esta no ve
nada: su mente es un desván tenebroso sin ningún res-
quicio por donde pueda entrar claridad del cielo ni de
la tierra.
NATALIA.—(Aparte, indignada.) ¿Hase visto majadero semejante?
VARONA.—Crea usted en mí, Paulina... Me siento filósofo, me
siento adivino. El niño vivirá... y que rabie el Purga-
torio, digo, el Infierno.
ADOLFO.—(Argumentando á Natalia.) Debemos decírselo así, aun-
que no lo creamos.
PAULINA.—(A Varona.) No creo... no espero nada.

VARONA.—(Alto, á Paulina.) *Sursum corda...* Arriba los corazones.

NATALIA.—(A la izquierda, con Adolfo.) No puedo ver esta burla que hace tu padre de las soberanas leyes del espíritu... Con tales tonterías, le cerráis el camino para un hermoso arrepentimiento.

VARONA.—(A Paulina.) No haga usted maldito caso de esta sibila fúnebre.

NATALIA.—(Desabrida, orgullosa.) Esto es intolerable, hijo. Vámonos de aquí.

ADOLFO.—(Desconsolado.) ¿Ahora...?

NATALIA.—(Impaciente.) Acompáñame á casa.

ADOLFO.—¿No va papá contigo?

NATALIA.—¿Conmigo ese bufón? Su alegría nos envilece. Ven. (Le coge del brazo.)

ADOLFO.—(Queriendo despedirse de Paulina.) Déjame que...

NATALIA.—(Despótica.) Suprime las despedidas. (Adolfo se resiste. Tira de él Natalia con gesto iracundo.) Desobediente... Si entenderás lo que te mando.

ADOLFO.—Oye una razón.

NATALIA.—No hay razones... Yo soy la verdad, la única verdad. (Se le lleva rápidamente por el fondo, cogido del brazo.)

ESCENA VIII

**PAULINA, VARONA.—TERESA; después JUANA,
GUILLERMO, NICOLÁS.**

VARONA.—La sibila funeraria levanta el vuelo hacia las tumbas. Queda aquí la esperanza.

PAULINA.—(Sombríamente.) No hay esperanza: la esperanza no existe, no existió jamás.

TERESA.—(Por la derecha. Asombrada de ver á Paulina, corre hacia ella.) Señora, ¿qué hace aquí? (Cogiéndola suavemente del brazo, la lleva hacia la izquierda.)

PAULINA.—(Alelada.) No sé: déjame. (Se sienta junto á la puerta.)

TERESA.—¿Por qué no vuelve la señora á las habitaciones altas?
PAULINA.—Déjame aquí. Ya no tengo miedo.

VARONA.—(Llevando aparte á Teresa, le pregunta si ha empezado la intervención quirúrgica.) ¿Ya...?

TERESA.—(Aparte á Varona.) No, señor. Aún tardarán. (Entra Juana por la derecha. Detrás Guillermo.)

JUANA.—Aquí puede el señor escribir. (Siéntase Guillermo junto á la mesa, y escribe. Varona y Teresa se agrupan junto á Paulina para ocultarla de la vista de Guillermo. Juana va hacia el fondo y llama á Nicolás, que entra luego.)

PAULINA.—(Sobrecogida y trémula, bajando la voz.) Es el monstruo, es el verdugo...

TERESA.—(Aparte á Paulina.) Señora, no tema nada.

PAULINA.—(Temblando.) Teresa, Varona... acercarse más á mí... Taparme bien para que no me vea.

GUILLERMO.—(Cierra la carta que ha escrito, y la da á Nicolás.) Lleve usted esta carta á mi casa... Ya sabe.

NICOLÁS.—Sí, señor.

GUILLERMO.—Allá le darán lo que pido. Vuelva sin tardanza. (Vase Nicolás. Habla Guillermo con Juana.) No hay peligro inminente. Podemos aguardar sin cuidado alguno... Que sigan formando la atmósfera húmeda. (Notando algo extraño en el otro grupo.) ¿Quién está ahí?

JUANA.—(Timidamente.) Es la señora... (Detiéndose un rato en la puerta de la derecha.)

GUILLERMO.—¡Ah! (Se levanta; da algunos pasos; toma un acento bondadoso.) ¿Pero aún tiene miedo esta buena señora? ¡Miedo!... ¿de qué? (Vase Juana; Teresa y Varona se apartan. Paulina conserva su actitud de terror, sin mirarle.)

VARONA.—Señor Doctor, yo procuro tranquilizarla.

GUILLERMO.—¿Es usted amigo de la casa?

VARONA.—Joaquín Varona, amigo íntimo de Alberto Abdalá. Hoy... siento que un generoso altruismo inunda mi alma... soy un poco filósofo...

GUILLERMO.—El Marqués me autoriza hoy, por conducto de Solís, para cerrar la puerta á las visitas... sin exceptuar las filosóficas.

VARONA.—(Turbado.) ¡Oh! no importuno... Gracias... digo... usted dispense. (Se retira hacia el fondo, haciendo cortesías.)

TERESA.—(Aparte á Varona.) Don Joaquín, su simpática señora le aguarda en la iglesia.

VARONA.—Me voy á la iglesia de esta calle. (Vase por el fondo. Con un gesto despide Guillermo á Teresa.)

ESCENA IX

GUILLERMO, PAULINA.

GUILLERMO.—(Sin dar un paso más hacia su mujer, dice en tono natural.) Paulina. (Esta continúa inmóvil, sin mirarle. Guillermo, alzando más la voz, pronuncia el nombre con enérgica rotundidad.) ¡Paulina! (Esta se levanta lentamente, permaneciendo rígida, sin mirarle.) ¿Aún me tienes miedo? (Pausa.) Responde... Mirame frente á frente, como yo á tí. El miedo se quita fijando la mirada en lo que nos asusta, en lo que odiamos. (Pausa. Paulina vuelve despacio la cabeza, y le mira.) Así... Ahora dime: ¿por qué me has recibido con tanta descortesía, huyendo de mí?

PAULINA.—(Balbuciente.) Porque... no quería... no quiero que tú...

GUILLERMO.—Dame una razón clara.

PAULINA.—La... la terrible discordia que nos separó... la idea que tengo de tu malquerencia... son razones bastantes para que yo te diga: «Guillermo, no pongas tus manos en mi hijo inocente...»

GUILLERMO.—¡Pobre mujer! Al cabo de seis años, encuentro en tí el mismo desconocimiento de la vida y de los fines humanos, la misma costumbre insana de dar giros fantásticos á las ideas más vulgares y sencillas. Eres lo mismo, Paulina: no has cambiado nada.

PAULINA.—Déjame como soy. Yo no te llamé.

GUILLERMO.—(Serenó.) No quieres verme. Pues yo celebro esta fatalidad que hoy nos pone frente á frente... Acércate... No temas nada. Podemos hablar un buen rato. La ciencia, que tanto te aterra, no puede hacer nada hasta dentro de media hora. Verás... De lo que hablemos hoy

podrá resultar tu tranquilidad... y también la mía... porque yo también temo, Paulina: te temo á tí, y á mí mismo. Siéntate. (Paulina permanece inmóvil.) ¿No me oyes? (Alzando la voz y golpeando fuertemente la silla próxima.) ¡Siéntate te digo! (Pausa. Corrige la aspereza de su tono.) Vamos, mujer, te lo suplico. (Siéntase Paulina en el borde de la silla; Guillermo donde estuvo antes.) En estos seis años, sobre las vidas deshechas, cada uno ha labrado nueva vida... Es natural... En este tiempo nunca me habrás echado de menos.

PAULINA.—Nunca. Ni tú á mí tampoco.

GUILLERMO.—Una prueba más de que estábamos locos ó tontos de remate cuando nos casamos. «¿Pero cómo, he dicho yo mil veces, se nos pudo ocurrir tal desatino?» ¿No te espantas ahora de que dos seres racionales perdieran el sentido hasta lanzarse al abismo sin fondo? ¿No te espantas como yo...?

PAULINA.—(Serenándose.) Lo mismo. Mayor, mayor que el tuyo es mi espanto.

GUILLERMO.—Aberración fué de tus padres, alucinados por mis primeros éxitos. A poco de casarnos, estalló la guerra. En nada concordábamos.

PAULINA.—En todo disentíamos. (Con viveza.) En todo absolutamente, porque desde los primeros días...

GUILLERMO.—Habla, no te turbes...

PAULINA.—(Animándose.) Eras un hombre insufrible.

GUILLERMO.—Un hombre insufrible. Adelante.

PAULINA.—Querías que tu mujer se encerrara contigo en aquel laboratorio...

GUILLERMO.—Triste, feísimo... Sigue. Yo quería que estuvieras siempre muy seria, con tu delantalito hasta los pies...

PAULINA.—Que te copiara fórmulas antipáticas con terminachos científicos... que aborreciera los teatros y todas las artes que recrean el espíritu.

GUILLERMO.—Esa ha sido tu principal queja. ¿Qué más?

PAULINA.—Nada... que tu afán era hacer de mí una sabia inaguantable.

GUILLERMO.—Alto ahí. Yo no quería hacer de tí una sabia. Me contentaba con que dieras á mi hogar el ambiente necesario para mis estudios, labor áspera, cada día más

32809

penosa. No pretendía yo que sacrificaras todo tu sér voluble, imaginativo, fantasioso, sino una parte de él. Quería yo que te asomaras conmigo á la ciencia, no más que para tener yo el gusto de mostrarte sus maravillas más visibles, y para hacerte comprender que hay en el mundo algo más que modas, pasatiempos y frivolidades.

PAULINA.—En ese empeño fracasaste por tu genio durísimo, por el enojo con que calificabas la diferencia de nuestros gustos.

GUILLERMO.—(Vivamente.) No fracasé por eso, sino por tu educación deplorable. Tu padre, uno de estos españoles criados en la burocracia, y que en ella, á fuerza de no hacer nada, conquistan elevadas posiciones, tenía el flaco de las grandezas, no pensaba más que en alternar con los aristócratas y en imitarles como podía. Te puso en un colegio extranjero, donde se educan las hijas de los próceres y millonarios. De allí saliste sin saber cosa alguna de fundamento, y creyéndote igual á las señoritas nobles que fueron tus condiscípulas. Casada conmigo, seguías corriendo tras de aquel señorío elegante, pidiéndole un puesto en sus diversiones y tratando de rivalizar con él. No reparabas en que eras la mujer de un pobre aprendiz de la ciencia, que trabajaba sin descanso para atender á los apremios de nuestra vida. En esta disparidad de necesidades y de medios, llegaste á odiarme, Paulina; á renegar de todo lo que á mí me encantaba: mis estudios, mis libros, mis experimentos, mis preparaciones...

PAULINA.—Por nobleza de temperamento, por distinción natural de mi espíritu, á que yo no podía sobreponerme.

GUILLERMO.—¡Qué necedad! Cuanto más benigno y tolerante era yo contigo, transigiendo con eso que llamas nobleza y distinción de espíritu, más desabridamente y con más acrimonia te revolvías contra mí. Llegamos al mutuo aborrecimiento. Tus rebeldías se agravaban; iban de lo inconveniente á lo ilícito, y por fin... faltaste gravemente, descaradamente á la fe jurada.

PAULINA.—(Con aitanque de sinceridad.) No lo niego, no puedo negarlo.

GUILLERMO.—¿Qué atenuación das á tus errores?

PAULINA.—(Sombriamente.) Ninguna: tu carácter tal vez, tu dureza... Estalló entre nosotros una guerra formidable.

GUILLERMO.—Y desigual. Por la condición propia de la mujer, tus armas eran más aceradas y hacían más daño. Las heridas que yo recibí fueron para mi honor mortales de necesidad.

PAULINA.—(Abrumada, sin aliento, se levanta.) Sí... es verdad... Guillermo, no renueves la lucha... Yo no diré una palabra más... Retírate de mi casa.

GUILLERMO.—Eso no: mi deber profesional aquí me ha conducido.

PAULINA.—Guillermo, tú no has venido aquí más que á mortificarme, quizás á... (Asaltada de una idea terrible.) Esta idea me enloquece. ¡Vienes, sin duda, con el propósito de hacer en mí una justicia terrible... ¿qué digo justicia?... venganza!

GUILLERMO.—(En pie.) En mi profesión no soy justo ni injusto, y menos vengativo. Soy hábil ó soy torpe.

PAULINA.—(Asaltada de terror.) Torpe serás ahora, porque te mueve el rencor, te mueve la ira contra mí. Yo te ofendí, Guillermo. Buscas la revancha.

GUILLERMO.—Por tu debilidad, por tus torpezas, no mereciste de mí más que una compasión viva.

PAULINA.—(Iracunda, alejándose de él.) Falso... Me aborrecías, deseabas mi muerte.

GUILLERMO.—(Perdiendo por un momento su severidad.) Nunca. Aborrecí... no quiero ni debo negártelo, al hombre execrable, mil veces maldito, que te corrompió, y fué principal causante de nuestras desdichas.

PAULINA.—(Sobrecogida, alejándose más.) Le aborreciste. No niegues que también á mí me odias, que odias á mi hijo. (Con exaltación.) Fuí criminal; pero adoro á mi hijo, y la ley de maternidad me obliga á defenderle. Guillermo, no pondrás en mi hijo tus manos. (Corre hacia la derecha, colocándose ante la puerta.)

GUILLERMO.—Mira lo que dices.

PAULINA.—(Desconcertada, delirante.) Vete... Sal de mi casa, ¡vengador... asesino!

GUILLERMO.—(Con acento firme.) Mujer sin juicio, calla... No

habla en tí la pasión, ni el despecho, ni el odio, sino una conciencia alborotada que se espanta de su propia sombra. Temes el mal porque tu conciencia te dice que lo mereces.

PAULINA.—(Aturdida.) Conciencia turbada soy: todo lo temo.
GUILLERMO.—(Imponiéndose con la voz, con la mirada.) Cref poder devolverte la serenidad. Veo que es imposible. Oye mi última palabra, y decide lo que quieras. (Con solemnidad y grandeza.) Ante Dios, que á tí y á mí nos oye, y ante mi conciencia, que quisiera yo sacar de mí y darle forma corporal para que la vieses, declaro que en mí nõ hay más ideal que el bien, ni otra pasión que la de la ciencia. La profesión que ejerzo me da grandes satisfacciones, y me impone deberes penosos que cumplo con firme voluntad. En tu niño no veo más que un caso científico. Por serlo, y además niño inocente... es sagrado para mí. (Pausa.) ¿Crees lo que digo? Pues dentro de un instante pondré mis manos en tu hijo. ¿No lo crees? Pues me retiraré ahora mismo. Contesta pronto. (Larga pausa. Aparecen Elisea y Solís en la puerta de la derecha, y observan sin entrar.)

PAULINA.—(Pasa por diferentes estados de angustiosa vacilación. La afirmativa y la negativa asoman á sus labios. Por fin, como movida de una voluntad superior, responde con gesto expresivo y débil voz.) Entra. (Guillermo se va por la derecha en ademán resuelto. Con él desaparece Solís. Cierran la puerta por dentro. Elisea corre á estrechar en sus brazos á Paulina.)

ESCENA X

PAULINA, SOR ELISEA.

ELISEA.—Ten confianza.

PAULINA.—(Llorando.) ¿La tienes tú?

ELISEA.—Tengo confianza y fe.

PAULINA.—¿Crees que Guillermo salvará á mi hijo?

ELISEA.—Así lo creo.

PAULINA.—¿Crees en su ciencia?

ELISEA.—Tengo en ella toda la fe que podemos poner en las cosas humanas.

PAULINA.—¿Y confías en que mi pobre Cristín vivirá?

ELISEA.—(Como inspirada.) Sí.

PAULINA.—¿Quién te lo dice... quién te lo asegura?

ELISEA.—Una voz secreta, lejana. Dios.

PAULINA.—¡Oh, qué aliento me das! Venga á mí la fe; venga la esperanza.

ELISEA.—Para hacerles sitio en tu alma, arroja de ella tus rencores.

PAULINA.—Attojaré todo lo que pesa en mi pobre alma, fatigada de aborrecer. (Mirando temerosa á la puerta de la derecha.) Ya...

ELISEA.—Ya... sí.

PAULINA.—(Con voz quedá y medrosa.) Más allá de esa puerta, la ciencia y la muerte forcejean... ¿No te sobrecoge ese silencio? ¿No oyes en él los latidos de nuestros corazones?

ELISEA.—Sí.

PAULINA.—¿No ves, sin ver nada, el acto doloroso?

ELISEA.—Veo las manos de Dios descender á las manos del hombre.

PAULINA.—(Atrodiándose ante Elisea y besándole las manos.) ¡Oh, santa mía! Ante tí, conciencia pura, virtud inmaculada, que ahora me pareces la imagen de Dios, pongo mi corazón, pongo mi alma. Seas tú testigo de esta ofrenda, que es también juramento, y obligame á cumplir lo que ofrezco y juro. Si el saber humano salva de la muerte á mi querido niño, olvidaré mis agravios, menores que los de Guillermo, y le estimaré y le perdonaré, aunque él á mí no me perdone ni me estime; creeré que mías son todas las culpas, y suyas todas las perfecciones. Mi gratitud hará de él el primero y más grande hombre del mundo, aunque él á mí me considere la más indigna de las mujeres.

ELISEA.—¡Hermosa ofrenda, Paulina! Reciba Dios tu corazón y bendígalo.

PAULINA.—(Poseída súbitamente de ansiosa curiosidad, mirando á la derecha.) ¿Y ahora? ¿No habrán concluido ya? (Se levanta.)

ELISEA.—No, hija mía. Ahora empiezan. Sólo han pasado minutos.

PAULINA.—Siglos dirás.

ELISEA.—Ten calma... no tiembles.

PAULINA.—(Rehaciéndose.) ¡Si ya soy fuerte! ¿No me ves? (En voz alta y briosa, mirando á la puerta.) Hijo mío, ya tenemos valor... y esperanza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

SOR ELISEA, sentada, distribuyendo en papeletas de un gramo una sal en polvo; á su lado, ADOLFO; SOLÍS y VARONA paseándose.

SOLÍS.—Sí: puede asegurarse que el niño está salvado.

VARONA.—¡Qué triunfo! Esta mañana, cuando lo supe, al volver del monte, brincaba yo de alegría.

ADOLFO.—(Ayudando á Elisea.) Todo se debe al prodigioso médico Guillermo Bruno. El día 14, Cristín estaba casi ahogado.

ELISEA.—Ya le vimos aleteando para remontarse al Cielo.

ADOLFO.—Y el grande hombre procedió con mano segura y rápida.

ELISEA.—Empleó el *termocauterio* con tan grande habilidad y prontitud, que me dejó maravillada. Acción soberana, obra de segundos... ¡Qué arte, qué prodigio!

ADOLFO.—Y ya tenemos á Paulina loca de contento.

ELISEA.—Yo le digo que se modere y ponga frenos á su felicidad. No hay dicha sin frenos.

ADOLFO.—Cierto. La armonía social impone los tonos grises. Tristeza y alegría deben ser decorosas.

ELISEA.—En porciones bien mediditas (Aludiendo á lo que hace), en papeletas de un gramo.

VARONA.—Querido Pepe, no dades que el júbilo multiplica los encantos de Paulina. Ni ella ni yo hemos nacido para la tristeza.